Bragueta abierta

Antonio Villarroel

Capítulo 1

Bragueta abierta:

El hombre se había vestido, determinado y decidido a salir a la calle, después de sesenta y dos horas de encierro y del frio de congelador mortuorio del aire acondicionado, que había endurecido sus articulaciones, roto sus labios, y se veía pálido como el papel por la falta de sol.

Se sentía optimista con respecto a la calle, cuando hacía tres días lo abominaba, pero la falta de aire fresco le apremiaba aunque fuera vanamente a volver a ver a sus conocidos, y en tanto ese otro y oscuro sentimiento por el momento estaba resguardado y empaquetado en una caja que advertía ser de gran fragilidad.

A lo que me refiero es que este hombre estaba sujeto a un sentimiento que lo tullía, y que era constante en su vida, no podía evitarlo y le era tanto peor que la nostalgia, que también de una forma extraña le adolecía violentamente, pero cuando recordaba algún suceso vergonzoso, mientras acostado sobre su cama convalecía, el ataque comenzaba, chillaba, pataleaba como si sus músculos se contrajeran dolorosa y espasmódicamente, quería golpearse, morderse, parecía que convulsionaba.

Entonces cuando sin querer y predispuesto a hacer el ridículo nuevamente, caía casi a propósito en el hecho, regresaba a su casa cabizbajo a esconderse del mundo y de quienes lo habían visto. Lo que más le preocupaba era conocer a personas nuevas o a hablar en público, en estos dos casos se pedía fervorosamente a sí mismo no tartamudear o trastrabillar, que era lo que más lo tumbaba, se recordaba a si mismo fuera de su intelecto para dar paso a alguien que no podía pronunciar diez palabras sin equivocarse.

Oh no, pero esta vez, ¡qué diablos!, ya no le importaba nada, iba a salir, “vivo en un pueblo, a quien le interesa si salgo desnudo a la calle, a nadie le interesa”, entonces al vestirse se vio al espejo y notó lo bien parecido que había quedado, lucía estupendo, rozagante, seguro suscitaría miradas furtivas de mujeres casadas al salir…

Al cerrar la puerta y sentir como sus pies se descongelaban, y la calidez placida le recorría las piernas, y el sol de la tarde lo llenaba de vida, comenzó a caminar, sonriente, con un donaire y una cabeza tan elevada que si no estuviera pegada a su cuello se elevaría hasta el infinito del cielo, de esta forma se encontraba comparada su honra humana, su igualdad con los reyes, su racionalidad con la de un académico, su virtud

de artista, pues vive, y el artista solo recrea la vida.

Y luego, en estos andares y meneos, halló como se lo imagino, miradas furtivas, sonrisas placidas de mujeres coquetas, los caballeros que pasaban junto a él lo miraban con gentileza, todos con una sonrisa ladeada que lo eximían de las suspicacias.

Se encontró luego con un amigo que esperaba ver en el mismo sitio de siempre, con un saludo más feliz y festivo que el habitual, lo que aumentaba el deseo de hablar, y doblado, pues le dijo que ya volvería que debía ir a hacer cierto asunto de poco interés, es entonces cuando el hombre, el que se logró levantar de su vergüenza para volar sobre el suelo con una virtud y un brillo digno de reverencia, se sentó en un lugar de su comodidad, a esperar a su amigo, y sin querer recordando el momento en el baño cuando estaba orinado antes de salir, y por este recuerdo se halló con un color rojo vivo: su ropa interior expuesta, como su propia vergüenza, su rostro se volvió tan rojo como su ropa interior, se maldijo a sí mismo, y al maldito consuelo de su vida.

Cuando su amigo regresó, no lo encontró pues ya estaba nuevamente rumbo a su cama de enfermo, solo por dejarse la bragueta abierta.